

**Mónica Ojeda,
Nefando,
Barcelona, Candaya,
2016, 206 p.**

Lo coherente al referirnos a una novela como *Nefando*, sería callar. Detener lo que se quiere decir luego de leer ese maremoto de palabras acuosas que nos inundan. Hacer lo contrario a lo que se sugiere en el mismo libro cuando se refiere a un grupo de personas que veía películas y que sufría el impulso de tener que comentar casi cada escena. Eso es casi un arrebató de chismógrafo, algo que el voyeur deplora pero ansía poder contar. Con esta novela de Mónica Ojeda sucede algo que quizá lo dijo Bob Dylan con mejor acento: un artista es aquel que, como Shakespeare, crea artistas. Las ganas locas, ubérrimas de soltarse a escribir sobre el papel, de encontrarle la quinta punta a

la página, son las que nos quedan luego de leer *Nefando*.

Sí, *Nefando*, que quiere decir indigno, que quiere decir vergonzoso. Pero ¿indigno de quién y a quién le causa vergüenza? ¿Vergüenza del lector?, puedo asegurarles que en lo absoluto. ¿Indignación de cada uno de sus personajes que son tan de verdad que parecen ficción? Esta es una novela que tiembla la vena y luego la toca, así tiemblan las vísceras los violinistas excelsos, así tiemblan sus cuerdas bucales los contratenores, así alistan sus lenguas los impertinentes y así aguzan su oído los que nos juzgarán.

Pues uno debería detenerse. Es que *Nefando* es un juego que no es un juego, un no-juego, si es que eso es posible. Un juego para mirones, para quienes quieren estar quietos y contemplar. Me remonta de inmediato a esa serie televisiva, magnífica por donde la viere, de los años noventa llamada Seinfeld, que fue ideada

sobre la base de la nada. ¿De qué trataba?, acerca de nada. ¿Y nada no era el nombre de Ulises, del gran aventurero, del hombre que encumbró montes y asesinó bestias, del gran viajero? Este juego, un juego mordaz en el cual caeríamos atrapados todos nosotros si fuéramos más humanos, como los personajes literarios con cuyos lenguajes brutales, sanguinolentos, a ratos escatológicos agobian a las páginas de esta novela, pues este es un juego en el que el juego es jugar. No hay más. Arte por el arte, al puro estilo Mallarmé. Se hizo Nefando para hacer Nefando, se lee. Y es un eco de Nínive, la Nínive bíblica, la de Jonás, del Jonás que habitó una ballena, que fue construida para construir algo. Es entonces, cuando una novela apunta tanto al blanco y da en este con tal precisión que termina por enrojercerlo, en que me inquieto por saber cuánto una novela de esta estirpe puede ser aceptada por el público lector en general. Porque si algo admitiré es que la hallé reconocible, la hallé muy nuestra. Y no hay nada que sea más nuestro que lo que hacemos a solas, en medio de la oscuridad. Es una novela en la cual sus “participantes” están constantemente queriendo, intentando, soñando en bajar las luces, en que los quejidos placenteros suplanten por fin al falso verbo barroco y regado que finge ser orgásmico o letal. Otro

ejemplo que cabe al dedillo: Tristán e Iseo no se aman, ellos aman el amor, y actúan como si hubieran comprendido que todo cuanto se opone al amor lo garantiza e incluso lo consagra, lo exalta hasta el infinito. He aquí la forma que tienen de contrarrestar a la muerte.

Y es que no se puede alegrar que en estas páginas falte amor. Contrariamente, el amor cunde (perdón el eufemismo), un amor, eso sí, muy pensado, y por eso muy “sexualizado” y llevado a sus propios límites. ¿Y si fuera verdad lo que dicen las imágenes burdas que se multiplican en Facebook de que el límite es uno mismo? ¿Eso quiere decir, como en Nefando, que nos llevan hacia el fondo de nosotros?

A propósito, una joya, suerte de paráfrasis kafkiana; página 116:

“No quiero nada que me aleje de la vida”, escribió Eduardo, “pero lo que acerca a ella es lo que arrastra hacia la muerte”.

Como esta, se pueden ubicar sin mayor problema varias frases sentenciosas y espléndidas desperdigadas como miguitas para atraer palomillos cabeceadores, por todo el libro, salpicadas como las pecas de alguna chiquilla de tez argéntea. Asimismo nos recuerda verdades contundentes:

“El monstruo creado por Victor Frankenstein es horrible porque a los ojos de los demás es

pura y mera carne sin lenguaje.”

Nefando es una novela compleja, delicada. En sus entrañas se entrelazan varios léxicos del castellano. Parece como si la escritora la hubiera tejido de diferentes matices, texturas, sentidos, dándole la propiedad de lo que tiene que ser hoy en día un laberinto, un enredo de lo que hay. Ya nadie piensa como Dédalo o los que querían emparedar al Minotauro en un arquitecto cuyos planos sean pletóricos. Ahora, para extraviar al Minotauro, se lo echa en medio del tumulto y a ver qué coge y quién se salva. ¿Redentor, Heracles, Teseo?, en la televisión.

La desfragmentación en la cual la autora sumerge a la novela la vuelve atractiva, ciertamente, pero es aquí mismo donde radica su mayor dosis de complejidad. La novela, como toda buena obra de arte, necesita de su lector, o traductor, si se quiere. Ojeda la manufactura a la manera en que lo hace Roberto Calasso en *La ruina de Kasch*, o quizá, muy remotamente, como anheló James Joyce su *Ulises* y terminó por concretarlo en ese otro magma verbal que se llama *Finnegans Wake*. Y es entonces cuando Mónica Ojeda nos da señales de que sabe muy bien de qué va el ritmo de una narración, porque quizá eso sea lo más destacable de esta novela que tiene múltiples atributos, su ritmo, el aliento de los personajes que

hablan y “dicharachean” insólita, abiertamente sobre su sexualidad, sobre sus sentimientos más bajos, acerca de los sueños incumplidos, y no olvidan entrometer algo de poesía, para que la vida no parezca tan políticamente incorrecta.

Mónica Ojeda sabe mirar. Luego señalarlo con el dedo. Acusándolo o indicándole que es suyo. Dice uno de sus personajes que de tanto observar le pareció ver que el vello púbico de la dormida crecía. Cada vez estoy más convencido que el devenir de la literatura ecuatoriana, de sus novísimos representantes, como es el caso de Mónica, tiene como factor común el dejarnos la sensación, tras leerlos, de que son asiduos de esconderse en el clóset de la mujer amada para verla soñar a sus anchas, aguantando la respiración, moviéndose con sigilo, inventándose los sueños ajenos.

Eran las doce de la noche cuando cerré *Nefando* por primera vez. Había leído sin interrupciones hasta la página 71. Levanté la cabeza hacia la ventana que me mostraba algo que estaba en algún lugar pero que no sabía qué era. El cielo estaba roto, como la carne de los personajes secundarios, esos que esperan su turno para saltar a escena y de tanto esperar brincan al menor descuido y tropiezan y se rasmillan las piernas y vuelven rengueando a su sitio, bajo la mirada enfurecida de su creador. Yo pensaba en la

serpiente de Quetzalcoált, en mis conocidos que viven en Barcelona y si alguno de ellos habrá leído *Un mundo feliz*. Luego supe algo que no sabía hasta entonces y que el libro me iría revelando en los siguientes días en que lo abordé: que nunca había jugado un juego de vídeo y que afortunadamente no supe de *Nefando*, porque habría sido su incondicional.

Estos hombres, estas mujeres, sus presas y sus variantes saben algo maravilloso, saben que bigamia es amar y soñar. Y que hacerlo a la vez nos mantiene con los deditos ansiosos y las palmas picándonos, sabiendo que a nuestras manos les falta algo, acaso esta novela. Mónica Ojeda ha armado el caos. Lo ha hecho aprisa. Un caos que de tanto regodearse en sí mismo deviene orden. Lo hace para pedirle que no la vea todavía y que le permita decir lo que las palabras todavía no saben decir.

Carlos Vásquez

**Ernesto Carrión,
Tríptico de la ciudad,
Guayaquil, Manzana
Bomb! Ediciones,
2016., 188 p.
Ciudad pretexto,
Guayaquil, Manzana
Bomb! Ediciones,
2016, 94 p.**

El irreverente y prolífico Ernesto Javier Carrión Castro (Guayaquil, 1977) ha pasado de una radicalidad lírica militante del descaro, sustentada en más de quince libros de poesía, a la construcción de un mundo narrativo, procedente de recursos vitales propios y con un ánimo de saldar cuentas con el pasado, puesto que navega en aguas de la ambigüedad entre lo que sucedió y lo que narra en la ficción novelesca, entre historia y ficción. De igual modo, la acumulación de galardones (doce hasta ahora) ha conllevado que Carrión deje de ser el *enfant terrible* de las letras ecuatorianas, una alternativa a los cauces del discurso literario convencional y obtenga un lugar propio en el canon ecuatoriano actual, alentado por los medios de comunicación pero no por la escasa crítica académica.

La novela *Tríptico de la ciudad*, publicada por la ecuatoriana